

Bronislaw Malinowski: el testigo (dudosamente) modesto. El diario como fetiche y Canarias como prefacio

Pablo Estévez Hernández

Un “diario” es una “historia” de acontecimientos que son por entero accesibles al observador, y sin embargo, escribir un diario requiere un profundo conocimiento y un perfecto entrenamiento.

Bronislaw Malinowski

Pero ahora todo se acabó. Si realmente hubiera sido un escritor, habría evitado la guerra.

Elias Canetti

I

Dice la escritora Joan Didion que quienes guardan cuadernos de notas o diarios son “solitarios y resistentes re-ordenadores de cosas, malcontentos ansiosos, infantes afligidos, aparentemente al nacer, con un presentimiento de pérdida”¹. El denominador común de esos malcontentos y malcontentas sería siempre un “implacable Yo”, un sujeto que ordena la realidad y la memoria. El antropólogo Michael Taussig sigue esta manía de mantener un diario que Didion dice no tiene nada que ver con lo factual, ni con la verdad, ni con nada semejante... “las pequeñas mentiras” admite Didion. Taussig arrima esta desorientación a la antropología y de paso viene a preguntarse: ¿para quién se escribe un diario?² ¿Sería para

1 Didion, Joan “On Keeping a Notebook”. Ver referencia en Taussig. Nota siguiente.

2 Taussig, Michael (2011) *I Swear I Saw This. Drawing in Fieldwork Notebooks, Namely My Own*. The University Of Chicago Press.

ese implacable Yo? ¿O acaso en el campo profesional de la antropología hay alguna suerte de trascendencia de las “pequeñas mentiras”?

En su ensayo sobre los diarios de campo y los cuadernos de notas en antropología, Taussig no dice nada del autor de los diarios más famosos y polémicos de la historia de la disciplina (aunque en otros lugares lo rescata para hablar tanto de calor como de color en el campo y en un mundo transformándose con el cambio climático). Bronislaw Malinowski, ese autor ausente en las notas de Taussig sobre las notas, tiene esta meta-reflexión contenida justamente en su cuaderno: “Escribí el diario. Tuve algunos pensamientos esenciales sobre el modo de llevar el diario y añadir profundidad a mi vida... Ideas sobre el valor histórico del diario”. Pero la frase se queda atrapada ahí, entre notas que forman un extraño mosaico muy diferente a lo que luego, en la disciplina académica, ha de ser la escritura oficial. Así que esto que van ustedes a leer es una reflexión un tanto parcial e ingenua acerca de los procesos de escritura que atraviesan la práctica antropológica y de cómo sirven para establecer los hechos objetivos indispensables para el quehacer científico. Es, además, un ensayo sobre los lugares y su peso en las condiciones de escritura. Más concretamente, es un texto sobre cómo los textos surgen marcados por lugares con significación histórica, cultural y política (aunque sean ambivalentes) y no en espacios neutros con aguas calmadas que favorecen una escritura sosegada. La escritura, ya sea en diarios o en papeles “finales” para la publicación (lo que llamaré la escritura oficial), así como a través de máquinas de escribir o dispositivos electrónicos, nunca es inocente.

Este cuento sobre los diarios más famosos y polémicos comienza con un antropólogo que radicó en Tenerife (y por ahora no me estoy refiriendo a Malinowski, sino a alguien curioso con su figura), y con el descubrimiento de la firma de un prefacio, algo que lo movió, en mi opinión, a una pregunta latente sobre esas condiciones de escritura.

II

Luis Diego Cuscoy fue uno de los arqueólogos más importantes de la segunda mitad del siglo XX en Canarias. No sólo tuvo un compromiso real con los lugares y las gentes que estudió, redescubriendo yacimientos y creando registros etnográficos de gran valor, sino que también fue un científico social informado de los paradigmas que sacuden los campos en los que habitualmente se movía en la arqueología y en la antropología. Cuscoy comenta que *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, el libro de Bronislaw Malinowski, antropólogo considerado el “padre” de la antropología moderna (influido por el trabajo de James Frazer), no fue traducida y publicada en España hasta 1973, aunque su edición original es de 1922. Cuando Cuscoy se hizo con una copia del libro, en el cual el antropólogo polaco destaca por sus análisis funcionalistas y su explicación del intercambio Kula en las islas Trobiand, se fijó en un detalle importante: el prefacio escrito por Malinowski está firmado en *El Boquín, Icod de los Vinos, Tenerife, Abril de 1921*.

El hallazgo movió a Cuscoy a investigar la estancia de este referente internacional de la antropología³. Indagó en las actas de propiedad de la casona del Boquín, donde se asienta por más de un año Malinowski y también interrogó a los niños y niñas de la época, que en el momento de realizar su trabajo ya son personas de mayor edad, con apenas recuerdos de un personaje bastante aislado de la vida social del pueblo. Algunos recuerdan a su mujer, los intercambios de recados por golosinas o mermeladas, el andar del antropólogo o que se recluía en su despacho leyendo... Con todo, Cuscoy contempló las vidas de dos de sus criadas, incluso de una que marcha a Cassis con la familia al dejar el Boquín y de la que nunca se vuelve a saber. Llega a entrevistar a una hija de Malinowski al respecto. El resto son especulaciones, como al preguntarse las razones de su elección de residir en Tenerife tras su retorno de Me-

3 Cuscoy, Diego (1990) “Bronislaw Malinowski en Icod de los Vinos (Tenerife) (1920-1921)”. *Homenaje al profesor Dr. Telesforo Bravo*. Tomo II. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna.

lanesia. Cuscoy baraja que pudiera ser un paso lógico de aclimatación, tal cual hacían muchos funcionarios británicos de retorno de las colonias. Pero también sobresalen las cuestiones de salud, ya que Malinowski era una persona aquejada de varias patologías. Cuscoy despliega así preguntas dentro de preguntas ¿Por qué Canarias? ¿Por qué justamente Icod y más concretamente el Boquín? Se dan más especulaciones en torno a las relaciones personales de Malinowski y los propietarios del Boquín, pero también existe la sensación de que no hay razón justificada para esta investigación, que empieza con la pregunta “¿Por qué hablar de Bronsilaw Malinowski en Tenerife, cuando, que se sepa, no realizó ningún trabajo de investigación en la isla?” (p. 203). Cuscoy se responde diciendo que puede haber una curiosidad latente en conocer qué viene a hacer aquí esta gran figura, de por qué elige este lugar... Luego, en sus investigaciones, aparece un maremágnum de detalles: los paseos, la tienda que hace *drug store* que frecuenta la familia, las travesuras infantiles, las criadas y sus destinos inciertos... la firma y las sospechas de correspondencia con Frazer desde allí... Sí, aquí estuvo el antropólogo volviendo de su trabajo de campo más intenso y mítico; aquí vino a parar con sus diarios y su material para escribir una obra que cambiaría la disciplina y que institucionalizó la observación participante; aquí estuvo antes de irse a esa metrópoli donde trabaja y donde se hace famoso... pero, descontextualizando una conocida frase de Cuscoy sobre el origen de la población indígena canaria, “al principio y al final, fue el silencio”.

III

El antropólogo californiano James Clifford, escribiendo a finales de los ochenta, dice que “Sabemos algo sobre las investigaciones trobianesas de Malinowski de 1914 y 1918, pero virtualmente nada sobre lo que estuvo haciendo en las Islas Canarias durante 1920 y 1921”⁴. Aunque luego añade entre paréntesis que estaba escribiendo *Los Argonautas*, poco más puede decir, obviamente porque no

⁴ Clifford, James (2001) “Sobre la invención etnográfica del sujeto: Conrad y Malinowski”. En: *Dilemas de la cultura*. Gedisa. P. 139.

lee las especulaciones y las indagaciones de Cuscoy. Pero ambos podrían estar de acuerdo en una afirmación similar. De lo que hizo en Melanesia contamos con ese diario antes mencionado, publicado póstumamente por su segunda mujer, Valetta, que detalla su vida haciendo trabajo de campo. Entre las preguntas que se hace Cuscoy, hay una implícita, pero que nunca llega a enunciar. ¿Qué es lo que investiga y lo que atrae a Cuscoy? ¿Se trata solamente de saciar la curiosidad, como él mismo dice? Yo creo que, de alguna manera inconsciente, Cuscoy apunta hacia algo realmente importante, no sólo para la historia de la antropología, sino también para las prácticas etnográficas situadas en Canarias, los trabajos realizados sobre la cultura aquí, que se ligan directamente con las posibilidades de la escritura. Cuscoy se está preguntando por las condiciones en las que escribe la obra clave, por cuestiones que, cuando hacía su “pequeña” investigación, aún no habían sido planteadas con firmeza por la antropología: ¿qué implica escribir etnografía? Curiosamente, Cuscoy y Clifford (que ha reflexionado extensamente sobre la escritura etnográfica) se habrían nutrido de una manera insospechada en sus especulaciones sobre Malinowski.

Empero, escribir no es un acto inocente; y menos aún en contextos de encuentro colonial, donde la representación y la autoridad tienen consecuencias e interconexiones con complejos aparatos de poder. Existen en Malinowski dos niveles de escritura que implican tres zonas marcadas geopolítica y colonialmente. En primer lugar está su trabajo de campo en Melanesia, donde lleva un diario de campo que sirve también como cuaderno de notas, escrito en polaco y salpicado con palabras en inglés y kiriwiniano. Hay todo un cuento que contar con respecto a la revelación de estos diarios, que haré más abajo. También hay que suponer que, a su llegada a Canarias, a El Boquín, trae consigo esos cuadernos. En Canarias se da un traspaso: de esa información que ha recogido haciendo observación participante, a un nivel de escritura que va a ser el “oficial”, el que presentará en la academia y que se dirigirá a un público especializado. Es en este sentido en el cual las indagaciones de Cuscoy toman cuerpo: para entender no sólo estos nive-

les de escritura, sino la idoneidad del Archipiélago como un paso fronterizo europeo ambivalente para aclimatar. Y para aclimatar no sólo el cuerpo a condiciones más frías (como apunta Cuscoy en su ensayo), sino también la experiencia y la escritura sobre esa experiencia.

IV

Un diario en el trabajo de campo antropológico es algo más que un diario personal. Un diario es un registro de la vivencia del campo, donde se narra la realidad que es vivida. Al optar por el uso de esta herramienta, también se opta por la creación de un espectro paralelo a la observación participante, donde se encuentran todos los pensamientos del autor. Sin embargo, la libreta donde se escribe el diario mantiene anotaciones más intransferibles, posiblemente ligadas a consideraciones íntimas. Según Malinowski, un diario “en sentido estricto” es también un conjunto de normas sobre lo que se puede registrar de lo personal y, más allá de esta serie de normas, una lista de objetivos a cumplir (quizás con el trasfondo de un objetivo aún mayor: la posterior escritura de la teoría). Estos objetivos comprenden una revisión de lo hecho y una planificación de lo que hay que hacer, de esta manera el diario como herramienta etnográfica comprende dos funciones, opera en dos ejes.

*Día a día, sin excepción, recogeré los acontecimientos de mi vida por orden cronológico. Cada día una relación del día anterior: un espejo de los acontecimientos, una evaluación moral, una localización de los resortes principales de mi vida, un plan para el día siguiente.*⁵

Y esto en antropología es vital: el diario, tal como había hecho ritual Malinowski, nos da la legitimidad para nuestra teoría, es la parte del registro de los hechos que nos permite luego especular, pero teniendo una reserva intelectual primero. Es curioso constatar que luego muchos/as antropólogos/as no consultan más nunca el dia-

⁵ La edición traducida que uso es la siguiente: Malinowski, Bronislaw (1989) *Diario de campo en Melanesia*. Júcar Universidad.

rio para elaborar sus teorías. De esta manera es como una ficción que nos creamos. Taussig comienza su ensayo sobre cuadernos de notas en antropología con un desdén de Roland Barthes sobre el mantenimiento de un diario: demasiado aburrido, decía. Pero luego el mismo Barthes descubre que, al revisar una entrada de hace tiempo, podemos descubrir una nueva dimensión, una nueva memoria que se activa y que no estaba en el registro exacto de la nota; algo más allá de lo que la nota puede dar...Algo en los “intersticios de la notación”. No se puede intentar reescribir esa sensación o se perderá de nuevo. Esto lo llamó “La sombra del fantasma”: algo en el diario que no está en la notación. Es curioso esto para pensar uno de los diarios más polémicos de una disciplina. ¿Cuál sería la sombra del fantasma de los diarios de Malinowski? Aunque también yo especularía con la posibilidad de que los diarios fueran en sí mismos la sombra del fantasma de la escritura oficial de *Los Argonautas*.

V

Al poco de morir Malinowski de un ataque al corazón, mientras daba clases en Yale, un ex alumno y amigo encontró en su despacho unos cuadernos manuscritos en un polaco “indescifrable”. Valetta decide, hacia finales de los sesenta, publicarlos. El revuelo afecta a toda la disciplina, que atravesaba una crisis considerable sobre aspectos relacionados con la representación, los vínculos con la administración colonial y la ética de sus prácticas. Los diarios de Malinowski revelaron que el antropólogo que hacía apología de un trabajo de campo intenso y con distancia objetiva estaba desinteresado frecuentemente de sus informantes, que era racista y machista, que se evadía leyendo novelas “baratas”, que tenía grandes ambiciones profesionales y que era hipocondriaco, lo que le llevaba a un consumo intensivo de drogas como la quinina o el arsénico. La publicación de su diarios supuso una maldición a su intachable figura pública, como “padre” de la antropología social y cultural y como referente del uso de métodos científicos elaborados en la disciplina. La subjetividad y el inconsciente del antropó-

logo pueblan sus páginas más íntimas.

Pero el diario suponía una herramienta que se acerca mucho a los poderes y los sistemas de objetos que tradicionalmente estudia la antropología. Para Taussig, el diario se convierte en algo así como un *fetiche*. Es ciertamente una extensión del cuerpo del etnógrafo⁶. Aunque hay una famosa frase de *Los Argonautas* donde se dice que “Es bueno para el etnógrafo dejar a un lado la cámara, el cuaderno de notas y el lápiz, y meterse en lo que está ocurriendo”, dudo mucho que el etnógrafo pueda registrar todo lo que desea sin el apoyo de esa tecnología... En ese sentido, los objetos y herramientas del etnógrafo lo constituyen como tal. Y esas herramientas, aunque pretendamos que no sea así, tienen una influencia directa en el trabajo de campo, condicionan las conversaciones y la calidad de la información. Operan un traspaso en los niveles de la oralidad, que luego se ven nuevamente transformadas en la escritura oficial. Es en este sentido que el diario obtiene el mismo carácter del fetiche: algo inanimado que logra tener un impacto mayor, que cobra cierta vida, y que finalmente nos domina. Acaba siendo un fin en sí mismo. Es toda una ironía, dice Taussig, que uno se vea a sí mismo estudiando fetiches (pequeñas figurinas del diablo que encuentra en el campo en Colombia) y que él aparezca en los ojos de la gente que estudia como un fetichista con su diario, que es más de lo mismo. Y es más: el diario es un fetiche que funciona con magia homeopática o simpática, tal como la clasificó Frazer, el gran inspirador de Malinowski: con lo mismo afectando lo mismo... un fetiche que busca entender los otros fetiches de culturas exóticas o cercanas, como en nuestra sociedad actual dominada por el fetichismo de la mercancía.

Y qué pasa cuando el fetichista pierde su fetiche, pregunta Taussig. ¡Está claro que lo perdemos todo! Pero aquí toma en cuenta alguna notable excepción, como la de Edmund Leach, que pierde todos sus diarios en Birmania ante el avance del ejército japonés en la Segunda Guerra Mundial. Siquiera así, logra escribir (al ni-

⁶ Taussig, Michael (2012) *Fieldwork Notebooks*. Documenta[13]. No. 1. Germany.

vel de la escritura oficial) su libro *Sistemas políticos en las Tierras Altas de Birmania*, que es todo un intento de desbancar los presupuestos funcionalistas establecidos por autores como Malinowski, apostando fuertemente por un modelo de equilibrio social. Taussig dice que en verdad desbancó más bien poco, al luego redibujar el modelo en un “plano superior”. Pero lo curioso para mí es que, en su cruce con los diarios como cuadernos de notas de campo y la teoría funcionalista, no dice prácticamente nada de los más infames diarios de su profesión: los de Malinowski. Leach pierde sus diarios e inicia una querrela con el funcionalismo británico; poco después, el funcionalista antropólogo por excelencia no vive para ver como sus diarios pasan de fetiche a *maldición*.

VI

Lo contrario de la pérdida funciona para los engranajes de la misma ciencia. Y aquí la antropología no es una excepción. Como dije antes, los diarios a veces se escriben y luego nunca se revisan, pero su cometido se cumple: son reservas intelectuales para redactar esa antropología oficial, decodificando las historias relatadas en información y datos, y al tiempo esto los convierte también en algo así como reservas espirituales. Se produce algo “extrañamente confortante” entre tú (el/la etnógrafo/a) / el evento / y el evento anotado en el cuaderno. Ahora, tras la nota y el diario, ya puedes (podemos) “caminar por las aguas”⁷. Esta materialidad es fundamental, en tanto es una toma de tierra de las posibilidades abstractas registradas en el campo como pensamientos, experiencia e incluso la escritura.

¿Sería el diario parte de lo que la historiadora de la biología Donna Haraway ha llamado prácticas “semiótico-materiales” de la tecnociencia? ¿Es el trabajo de campo en antropología una tecnociencia en sí? Haraway dice que lo que acaba contando como ciencia dependió durante mucho tiempo de una figura que podía asentar o

⁷ Ibid, p. 9.

establecer los “hechos”⁸. Un testigo, un hombre en particular que tendría acceso a los laboratorios y a los ensayos y que podía confirmar lo que ocurría en esos espacios cerrados. Algo así como un mediador entre las micro-actividades de la ciencia y el público general. Sería un testigo, pero no un testigo mudo, sino un testigo con mayor autoridad para hablar. Sin embargo, habla con una modestia que le exime de subjetividad y pasiones para contemplar los hechos. Una forma de modestia que no pervierte sus observaciones y que por lo tanto pasan a ser objetivas. Escribe y habla entonces desde una posición no marcada, invisible; desde la “cultura de la no cultura” (al decir de la antropóloga Sharon Traweek). Puede establecer los hechos, estudiarlos como si fueran cosas, porque se presupone que no les dará un sentimentalismo ni un juicio inexacto. Es una modestia que visibiliza desde un punto invisible; pero ya sabemos que sólo era atribuida a un cierto tipo de autoridad: hombres, blancos y europeos (los que tienen acceso a los laboratorios). Esta modestia, dice Haraway, es la base de cosas como “la modernidad”, y desde luego tiene que ver con procesos de división racial, social y de sexo como el colonialismo. Estos patrones nos muestran que ciencia y política se pisan, se contaminan. Pero hay algo más: la antropología, como disciplina que aspiraba (y aún aspira) a ser científica, también quería el sentido de modestia para poder testificar.

Esto es algo que trae resonancias a lo que dice el antropólogo Clifford Geertz sobre el trabajo de Malinowski: hay que escribir, sobre todo, para declarar *que se estuvo allí*. Geertz llama a este proceso de escritura etnográfica el “yo testifical”⁹ (un juego sutil en lengua inglesa: *I-witnessing* sonando igual a *eye-witnessing*, testigo ocular). Sin duda Malinowski se atribuye esa posición, que también es la recreación de un sujeto¹⁰. Tiene que haber esa pretensión ob-

8 Haraway, Donna J. (1997) *Modest_Witness@Second_Millennium.FemaleMan_Meets_OncoMouse. Feminism and Technoscience*. Routledge.

9 Geertz, Clifford (1989) “El yo testifical”. En: *El antropólogo como autor*. Paidós Studio.

10 Que construye con la ayuda de los muchos paralelismos que encuentra con su admirado y citado (en sus *Diarios*) Joseph Conrad; véase el mencionado ensayo de Clifford al respecto;

jetiva y esa modestia para articular esa franja del conocimiento que se encarga de las sociedades no europeas, exóticas y “salvajes”. En *Argonautas*, Malinowski muestra la posición de testigo modesto en distintas ocasiones, separando al antropólogo (y su método) de la persona¹¹. ¿Qué nos dice el diario sobre esta separación nítida que tiende a la modestia? ¿Queda algo que detallar para la aproximación científica - objetiva? Este es el debate general y amplio que se generó tras la publicación de los diarios. James Clifford, más allá de esto, apuntó a que no debe verse el *Diario* como una revelación del trabajo de campo de *Argonautas*. Hay que tener esa cautela para analizar de manera conjunta los textos y ver cómo se crea esa figura de una manera más compleja que la narrativa del testigo modesto de la modernidad.

VII

¿Para quién escribimos en el diario? ¿Para quién escribía Malinowski? Geertz sospecha que se percibe una intención de publicarse porque aclara demasiadas cosas y a veces no parecen notas de campo. Otra gente piensa que esto es insostenible por los tantos pasajes íntimos: sus recaídas depresivas, sus sueños, su perversión sexual con las mujeres de las comunidades, su descreído amor por N. S. una nativa que no entra en sus planes de futuro, etc. Podríamos decir que hay varios desvíos, aunque lo sencillo es dejar que la maldición del diario socave lentamente el blindaje del hombre blanco europeo con preocupaciones europeas. Pero lo interesante, al contrario, es enganchar estos desvíos con sus propios esfuerzos de superación y con lo que nos da el lenguaje *cut up* del

para las referencias etnográficas véase: Stocking Jr, George (1989) “Los modelos de Malinowski: Kubray, Maclay y Conrad como arquetipos etnográficos”. *ERES. Cuaderno de etnografía*. Vol. 1. Número 1.

11 Citado en Geertz, ver nota 9; aparece, como ejemplo, esta cita de *Argonautas*: “Los resultados de la investigación científica en cualquier rama del saber deben presentarse de un modo completamente cándido y libre de cualquier presupuesto. Nadie puede soñar en hacer una contribución experimental a la física o a la química sin dar una detallada relación de todos los experimentos... Considero que sólo tales fuentes etnográficas son de un incuestionable valor científico, aquellas fuentes etnográficas en las que podamos trazar de una manera clara la línea divisoria entre, por un lado, los resultados de la observación directa y las interpretaciones y asertos de los nativos, y por otro, las inferencias personales del autor”.

diario (y no la versión acabada: el informe académico). Como en *El corazón de las tinieblas*, de Conrad (el modelo de comparación y los ejemplos paralelos son de Clifford), el campo de Malinowski en Melanesia aparece plagado de ruidos y de voces. El diario refleja esto bastante bien: su amigo Stás, su madre, los indígenas, los agentes comerciales, los misioneros, etc. Al igual que Marlow, el protagonista de la novela de Conrad, Malinowski se ciñe a sus rutinas y su trabajo. Dos mundos que tiran del cuerpo y la mente del antropólogo. Estrategias de evasión: lectura de novelas, drogas (arsénico, quinina), sueños de grandeza... Y luego unas estrategias de introducción en el campo: levantarse temprano, hacer ejercicio, técnicas de investigación, etc. Este tira y afloja desgaja la personalidad del trabajador de campo, además de la cacofonía... Muchas voces, muchos espíritus. Se requiere hacer algo para acallarlos, y aquí estamos nuevamente ante el fetiche que será pronto una maldición. Escribiendo en ese diario dice lo siguiente: “Toda mi ética se basa en el instinto fundamental de la personalidad unificada. De esto se sigue la necesidad de ser el mismo en el mismo en diferentes situaciones (verdad en relación con uno mismo) y la necesidad, indispensable, de sinceridad”¹². Clifford dice que ésta es la regla de su ficción de una “personalidad unificada”. Dos ficciones más bien: una personal y otra de una cultura (su intento de dar una definición funcionalista de la misma). El diario es un intento de disciplina que inevitablemente fracasa. Y lo que más significativamente expresa esto en los mismos diarios de Malinowski son sus momentos de ansiedad y pánico: “Sentí un pánico nervioso que intenté controlar” (p. 140)... “Muerte, todo esto es como el reflujó de la marea, un fluir hacia la nada, hacia la extinción” (p. 195); “Por la tarde, colapso. Temblores. Tomé quinina y aspirinas. Empiezo a creer en la hipótesis de que estoy a punto de morir... falta de vitalidad... Sensación de que es un buen momento para morir... *air of finality*” (p. 199). Y un punto final: “¡Cuan profundamente se ha desvanecido todo en mi vida... Verdaderamente no tengo carácter!”, una disolución del sujeto en fragmentos de escritura (sin tener que ir al entre líneas ya vemos la imposibilidad de la personalidad unificada); y uno se ve

12 Malinowski (1989, p. 289).

tentado aquí en recrear la escena de William Burroughs con el capitán Mission en Madagascar, diciendo que “Mission no tenía miedo al Pánico, ese saber repentino e intolerable que nos dice que todo está vivo. Él mismo era un emisario del Pánico, del conocimiento que los humanos temen más que cualquier otro: la verdad de su origen. Está tan cerca. Basta borrar las palabras y mirar”¹³. ¿Cómo podría entonces relacionarse la ansiedad y el pánico con la escritura y la realidad? ¿Cómo no ver un testigo privilegiado (no ya modesto) en la permanente hipocondría de este antropólogo? Basta borrar las palabras y mirar...

Taussig no nombra los diarios de Malinowski en sus notas sobre los cuadernos de notas, pero quizá no lo hace porque antes ya ha hablado con extensión acerca de ellos en relación al calor y el color que supura el texto del antropólogo polaco. La abundancia de colores lleva a Taussig a pensar que hay una división esencial en el trabajo antropológico en el que, cuando el intelecto decrece, aflora una corporalidad que se extiende más allá del campo. Quizá la prueba escrita de esta tendencia en los diarios de Malinowski sea su frase “caminé directo hacia las llamas”, calor y color dando lugar a una disolución parecida a aquella que provoca el pánico, eso que puede darse al borrar las palabras, aunque aquí sean palabras aproximándose al *cut up*, al salirse de cualquier lógica, y al dejar que el cuerpo (o el sujeto) se disuelva, si es que esta es la palabra. Pero eso solamente pasa en los diarios; por la contra, en “las etnografías [lo que yo llamo la escritura oficial] el cuerpo del escritor tiende a restaurarse a lo que podríamos llamar la Subjetividad Estándar Occidental, en ninguna parte más patente que cuando escribe sobre la magia de ellos [los trobiandeses]”¹⁴, lo que facilita una forma de acceder al testigo modesto al despejar lo que permanece fuera del canon y de la ciencia, y que conlleva pues la pregunta: “¿Es escribir sobre magia una manera de inocular al escritor de la magia sobre la cual está escribiendo?” Pero

13 Burroughs, William S. (1995) *El fantasma accidental*. Océano.

14 Taussig, Michael (2009) *What Color is the Sacred?* The University of Chicago Press.

esa Subjetividad Estándar Occidental es el requisito de algo más poderoso que cualquier experimento o revolución en antropología. Trata de los nudos más tramposos que se forman entre la ciencia y el colonialismo, el espectro invisible que permite incluso la representación más anecdótica del campo.

Volviendo directamente a sus reflexiones sobre los cuadernos de campo, Taussig resuelve que en los diarios no escribimos para un "yo", o un Ego; ni siquiera para un "yo mayor que nosotros mismos"... Escribimos para los espíritus; para todas esas voces que suponen el descentramiento del sujeto, la imposibilidad de la personalidad unificada o del testigo modesto, para el pánico que nos hace ver las cosas tal cual son. Es el hablarle a los espíritus lo que puede confundir a Geertz. Yo diría además que hay en Malinowski un autoengaño con su propia regla: la sinceridad no se puede encontrar siendo él mismo (siendo uno mismo) en diversos contextos, sino justamente aceptando la transformación. Las huellas de esas metamorfosis son las que son borradas por el yo testifical en los cambios de nivel de escritura. Aquí el diario pierde consistencia como un género en sí mismo. Es solo la reserva espiritual; la escritura oficial debe procesar la ficción de la personalidad unificada para acallar esos espíritus.

VIII

Puede que el diario sea un género de literatura denostado por el canon, pero también sigue siendo una técnica de escritura que logra transformar lo que proviene de la oralidad eficazmente para el testimonio modesto. En otras palabras: puede que el diario sea algo así como un *cut-up*, algo íntimo e inentendible, que capta la realidad de una manera surreal y que acaba siendo un fetiche con sus propios poderes. Pero también es un artefacto de la autoridad etnográfica, sobre todo una parte indispensable del proceso que enaltece la autoridad textual en la modernidad. Este es el doble filo del cuaderno/diario. El diario empieza a transformar el formato de cuento oral (o la narrativa propia de los/as informantes), y lo

codifica en datos; comienza así a desligar el conocimiento nativo de la gente nativa. El diario está ahí, con todos esos problemas y contradicciones. Malinowski habla de unos bocetos en sus *Diarios*. Tras su control del pánico, dice sacar “dibujos de los ornamentos” (p. 140). Nunca los he visto, pero para mí es vital saber si hay dibujos, tal cual lo es para un niño o niña al tener un primer contacto con un libro. Taussig nuevamente dice que los dibujos funcionan de otra manera testimonial. No son como las fotografías, sino que hay algo que ayuda a acompasar, a un acompañamiento del proceso: las fotografías se *toman*, los dibujos se *hacen*¹⁵. En un momento muy revelador de los *Diarios*, se cuenta esto:

Fui hasta un poblado con la esperanza de fotografiar algunas escenas de la danza bara. Repartí unas cuantas medias barras de tabaco, y luego me puse a observar las danzas; tomé algunas fotos, pero con pobres resultados. No había suficiente luz y ellos no posaban todo el tiempo de exposición suficiente. En ocasiones me sentí furioso hacia ellos, particularmente porque después de repartirles tabaco, todos se marcharon. En general mis sentimientos hacia los nativos tienden decididamente hacia la idea de “exterminar a los brutos”¹⁶.

Este racismo y esta frustración están cara a cara con el fracaso al registrar del etnógrafo. Podríamos preguntarnos por qué no optó por dibujar. ¿Es ahí donde entrarían los bocetos de Malinowski? Los dibujos tienen otro ritmo y otro proceso diferente a esa congelación del tiempo que hace la fotografía. Dibujar, bailar y cantar tienen una corporalidad que no encajan con el proceso de atestiguar en el sentido moderno. La imagen y el dibujo están en el corazón del cuerpo, esencial para curar. Sería una forma de componer la realidad diferente a la que nos daría una dualidad cuerpo/mente ¿Quizás por ello nos acotamos a eso que es dibujo técnico o la fotografía

15 Taussig, Michael (2011) *I Swear I Saw This. Drawing in Fieldwork Notebooks, Namely My Own*. The University Of Chicago Press.

16 Citado en Geertz (1989, p. 84). Ver también: *Diario de campo en Melanesia*.

para representar la realidad¹⁷? ¿Por qué pensamos que tienen una correspondencia mayor con la realidad? ¿Y, en cualquier caso, qué es la realidad? Por eso Taussig llama a un dibujo surrealista, de dos ancianos amarrados a un saco cosido en la entrada de un túnel (que él mismo “tomó” de manera *amateur*), *I swear I saw this*, te juro que yo vi esto. ¿Por qué es necesario jurar? Porque jurar es una manera de acercarnos al testigo, al atestiguar; pero el dibujo nunca es suficiente por no ser un dispositivo moderno apto. El dibujo, al acompasar, añade demasiado cuerpo, permite mucho de lo que entendemos por subjetividad. Esto es lo que, por ejemplo, marca la diferencia entre los dibujos de dos prominentes antropólogos que trabajaron en el Magreb de dominio colonial español sobre mediados de siglo pasado: Julio Caro Baroja y Emilio Blanco Izaga.

Caro Baroja era un trabajador sistemático, que dividía el ámbito del conocimiento que iba adquiriendo en el Sáhara Occidental en seis distintos cuadernos de notas. Sus dibujos publicados son ciertamente técnicos. Mientras, Blanco Izaga era un militar metido a etnógrafo, pero con un enfoque y una aproximación distinta, que se permite el humor en un análisis que él mismo llamó “espectral” y que dibuja buscando no un retrato realista, sino otro acercamiento a la vida cotidiana rifeña que pretendía captar. Todos estos aspectos son cuestiones a repensar para una antropología venidera, cada vez más atravesada por la tecnología digital.

XIX

Barthes, afectado por lo que él mismo llama *enfermedad del diario*, escribe:

¿Debería escribir un diario con vistas a su publicación? ¿Podría convertir el diario en una “obra”?... Los otros fines tradicionalmente atribuidos al diario íntimo... tienen que ver con los prestigios y beneficios de la “sinceridad” (decirse, explicarse, juzgarse); pero

¹⁷ Es curioso aquí el caso de los dibujos realizados en las salas de juicios, con su peculiar origen: véase: <https://procesalia.com.mx/los-dibujos-judiciales/>

*el psicoanálisis, la crítica sartreana de la mala conciencia, la crítica marxista de las ideologías, han vuelto inútil la confesión: la sinceridad no es más que un imaginario de segundo grado*¹⁸.

Pero ¿y si no es la sinceridad lo que estamos buscando ahora, sino la responsabilidad de Malinowski? Su responsabilidad como blanco, europeo y refundador de su disciplina. Su responsabilidad a la hora de dejarnos ese texto prolongado que es el diario, lo mismo que sus extensiones pueden variar según los autores: Conrad, Emilio Blanco Izaga, Caro Baroja y cualquier autor amparado en esa amplia estructura colonial, donde hay que incluir a muchos canarios (e incluso contemplarlos hoy día). ¿Tenía que haberse publicado este diario? Inevitablemente sí, porque al tener las mayores pretensiones de científicidad, Malinowski incubaba un fantasma demasiado grande en las “notas de intersección”.

Pero hay que recordar que, antes de publicarse, los diarios fueron una reserva intelectual/espiritual que viajó a Canarias, la maldición fetichista que estuvo aquí. Volvemos a la pregunta que deja abierta subrepticamente Cuscoy: ¿cuáles son las condiciones de escritura para traspasar los diarios a la escritura académica? ¿Qué hay en juego en todo esto? ¿Cuál es el papel de Canarias o cómo es leída Canarias?

Clifford dice lo siguiente¹⁹:

Las Islas Canarias son un escenario intrigante para la cura de escritura de Malinowski. Se dirige ahí por su salud, pero la elección está sobredeterminada. Se siente la tentación de ver este lugar como un sitio liminal en la frontera exterior de Europa, propicio para un polaco desplazado escribiendo etnografía del Pacífico. Más importante, sin embargo, es el hecho de que antes había tomado vacaciones en las Canarias con su madre.

18 Citado en Geertz (1989).

19 En Clifford (2001).

Ahora está ahí de regreso, completando su primera obra importante. Él se encuentra plenamente en el dominio de la substitución, de una serie de compromisos y reemplazos” (p. 139).

Clifford prosigue diciendo que Malinowski está, en Canarias, en un momento de substituciones: Malinowski está cambiando cosas, elementos: la figura de la madre, que recién acaba de fallecer, por la de su esposa Elsie (su primera mujer). Está cambiando también la lengua (algo que comenta la hija a Cuscoy en una entrevista para su investigación, señalando que Elsie ayudó mucho con el estilo del antropólogo), de la materna al inglés. Pero también la escritura: “con inscripciones y textos que substituyen a la experiencia oral inmediata. El código arbitrario de un lenguaje, el inglés, es finalmente preferido... el inglés domina... Al kiriwiniano... El anhelo de un habla de interlocución sincera abre paso a un juego de substitutos escritos. Alguna de estas transiciones y reemplazos estuvieron sin duda envueltos en la escritura sobre las Islas Canarias”²⁰.

Hay algunas cosas que añadir a esta aseveración: estos traspasos empiezan a operarse desde su trabajo en Melanesia y forman parte substancial del trabajo antropológico tal cual lo hizo ritual Malinowski. En el campo hay un traspaso de lo oral, cercano seguro a las formas del cuento, al cuaderno de notas, seleccionando parcelas de la realidad. Ahí pueden convivir el kiriwiniano y el polaco, pero también aparece el inglés. Los aspectos inconscientes quedan registrados también en el diario, además de las pasiones. En Canarias, todo se transforma al texto oficial, pasando al inglés. Canarias es un lugar liminal: un lugar para el tratamiento de los espíritus, donde se da una conciencia “enneblinada”; islas que son un punto intermedio de la modernidad (ideal por tanto para esa descompresión climática, una especulación de Cuscoy que puede entenderse como una aclimatación a la civilización). Hay poco compromiso con la cultura local canaria porque es un lugar entre-medio, “ultraperiférico”, demasiado ambivalente, demasiado en medio, muy trans,... Gran Bretaña es el estadio final (fíjense en que

²⁰ *Ibíd.*, p. 139.

todos estos lugares son islas), es el lugar del juego real, lo que de verdad cuenta, donde el antropólogo encuentra el éxito, donde se habla y escribe en el idioma del imperio y de las ciencias, donde un diario puede llegar a ser una maldición. Y donde los espíritus se convierten en fantasmas.

La elección está *sobredeterminada*, dice Clifford. Pero ¿qué o quién la determina? ¿Por esa determinación no hay nada sobre Canarias por parte del “padre” de la antropología moderna? Sin duda, las fuerzas detrás de todo esto no son unas fáciles de discernir, de visibilizar, pero al tiempo han sido la constante en las historias de viajes y encuentros en Canarias. Estas fuerzas son las que nacen de una fundación particular, de un encuentro violento, de la conquista y la transformación productiva en una nueva sociedad colonial insular bajo el yugo hispano. De la entrada en la modernidad de Canarias y del ocupar pronto esa posición ambivalente con respecto al centro y la periferia de lo que se entiende es esa modernidad (algo que muchas compañeras de trabajo, dentro y fuera de la antropología académica, han estudiado con mucha energía). Esas son las condiciones que hacen posible el traspaso; la escritura etnográfica en sus cambios de nivel. ¿Habría escrito Malinowski lo mismo de haber ido directamente a Inglaterra? ¿No habría quizá otra sombra del fantasma tras los intersticios?

X

¿Y si Canarias es un prefacio o un prólogo? También somos un sujeto imposible, gente “descentrada” que busca su propia personalidad unificada, sea lo que sea eso (blanquitud, europeidad o incluso una otredad africana o americana). Esa parece ser la ambivalencia que nos atraviesa y que domina muchas dimensiones aquí: nuestra ancestralidad, nuestra economía, nuestra propia identidad,... También hemos construido la historia en base a una autoridad textual, a una historiografía escrita en detrimento de una oralidad que también encapsula secretos poderosos. Gracias a eso tenemos nuestra modernidad, aunque sea una modernidad salpicada y dis-

continúa en cierta manera. ¿Qué podríamos pensar ahora sobre la escritura etnográfica desde Canarias y sobre Canarias, hecha por gente de aquí?

Canarias no puede aparecer como objeto de la escritura de Malinowski porque su propósito es un análisis de la cultura exótica, en ese otro mundo colonial. Canarias es su prefacio, o su prólogo. Por eso Cuscoy hizo su trabajo más bien como excusa, para hablar algo del autor y del Icod de esa época. Hay dos mundos opuestos para Malinowski: el moderno y el no moderno, y Canarias está en un punto sombrío en medio. Pero luego Canarias va a aparecer en otro prólogo (aparece también una última isla): el que le escribe al antropólogo cubano Fernando Ortiz para su libro *Contrapunteo del tabaco y el azúcar*. Hay que recordar que este libro es casi un texto posmoderno (según el también cubano Antonio Benítez Rojo), en el cual Ortiz planteaba que un lugar caribeño como Cuba no puede entenderse desde conceptos como aculturación: como culturas que absorben a otras en el marco del colonialismo (es decir, que no hay mundos tan opuestos como simplemente modernos y no modernos). Hay otros procesos y Ortiz propuso la *transculturación* para comprender sociedades que participan de la mezcla de muchos elementos y no permanecen “puras”. A Malinowski le gustó la idea de su colega cubano y cae en la cuenta de algo: que los procesos que describe como una novedosa forma de mezcla tienen eco y conectividad con otros lugares que conoce bien porque ha pasado largo tiempo en ellos. En el prólogo a Ortiz, donde va a reflexionar sobre esta nueva idea de transculturación, comienza diciendo:

He conocido y amado Cuba desde los días de una temprana y larga estancia mía en las Islas Canarias. Para los canarios Cuba era la tierra de promisión, a donde iban los isleños a ganar dinero para retornar a sus nativas tierras en las laderas del Pico de Teide o alrededor de la Gran Caldera, o bien para arriesgarse de por vida en Cuba y sólo volver a sus patrias islas por temporadas de descanso²¹.

21 Bronislaw Malinowski, prólogo a Ortiz, Fernando [1983] *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana. p. XXXI.

Dice el antropólogo andaluz José Antonio González Alcantud que este cruce entre Malinowski y Ortiz es “un flechazo transcultural de toma y daca de consecuencias poscoloniales”²². (*Toma y daca* siendo las palabras coloquiales que Malinowski usa para describir la transculturación). Canarias es un territorio donde los procesos de transculturación fueron y son notables. Pero esos procesos han sido reconocidos principalmente en los factores positivos: en lo que puede contar como dato o prueba de una mezcla. Y, en vista de nuestra historia, esto equivale a decir que las bases documentales, lo escrito, son la prueba de la mezcla o de la aculturación, dependiendo de cómo ordenemos todo ello. Volvemos la vista también a lo escrito como oficial, al nivel que va más allá del diario. Y este dilema a la hora de entender la transculturación sigue presente en la antropología canaria más actual, marcada aún por problemas que tienen que ver con la representación de los/as otros/as, con el extractivismo de recursos y conocimientos, con problemas ontológicos y epistemológicos ligados a la dualidad naturaleza/cultura y otras muchos localizables en el legado de la disciplina moderna, aunque heredemos todo esto “ultra-periféricamente”. No hay silencio y testigos mudos en nuestra historia, al menos no más allá de los códigos que hemos elegido para tratar la “información”, por unas ciencias que hemos labrado como queriendo ocupar la Subjetividad Estándar Occidental, aunque a veces hemos visto notables contestaciones en nuestra historia (donde el silencio y los/as testigos mudos/as cuentan). Necesitamos entonces especular con otras historias; pensar una etnografía más allá del presentismo y la condenación al pasado; escribir respetando los cuentos y la oralidad y trabajar conjuntamente otras concepciones del tiempo. Lógicamente necesitamos los datos y los hechos científicos, pero, como propone entre otras Haraway, serían trabajos científicos de colaboración para generar conocimiento en un planeta herido (seguir con una especie de *toma y daca*). Sería una especulación que tampoco centra a Canarias, sino más bien la descentra desde que

22 González Alcantud, José Antonio (2008) “Un flechazo transcultural de ‘toma y daca’ de consecuencias poscoloniales. El encuentro entre Fernando Ortiz y Bronislaw Malinowski”. *Letral*. Número 1.

las historias de migración desde el continente y la reafirmación de fronteras europeas se hacen más patentes que nunca. En esta reelaboración de nuestras escrituras no daríamos con una escritura inocente. La escritura nunca lo es; es más bien un virus que se apodera del cuerpo. Escribir tendría entonces que fantasear con el futuro, para que se abran las posibilidades, y jugar con el lenguaje oficial, quebrarlo de cierta manera. Escribir etnografía en Canarias tendría que pasar por asumir la responsabilidad de esa práctica, tal y como dijo Elias Canetti tras encontrar una nota con la siguiente frase: "Pero ahora todo se acabó. Si realmente hubiera sido un escritor, habría evitado la guerra". Canetti piensa primero que esta nota, escrita antes de la Segunda Guerra Mundial, tiene cierta arrogancia. Pero luego cae en la cuenta de que hay algo más; algo así como la importancia de hacer sentido y mantener con las palabras la transformación de todo frente al estatismo del fascismo²³.

Espero que, tal como ha pasado en otros ámbitos, no tengamos miedo a lo que escribamos a partir de nuestros legados, nuestras etnografías, nuestra antropología y nuestras fantasías de un futuro habitable y compartido. ¿Qué tipo de escritura, en todos los niveles, queremos para nuestras etnografías en y sobre Canarias? ¿Cuál es nuestra responsabilidad al contar, escribir y narrar?

23 Canetti, Elias citado en: W.AA. (2017) *El libro de los saberes*. Planetario. México D.F.